

animaba á tener paciencia con vulgares consuelos y nécias promesas de próxima curacion, Baco se ponía derecho colocando sus patitas delanteras encima de mi cama con mucha discrecion y limpieza y me lamia las manos con aire afectuoso. Me acostumbré tanto á los dos que uno y otro se me hicieron necesarios. En el fondo, creo que abrigaba una secreta preferencia hácia Baco porque tenia mas inteligencia que su amo, su sueño era mas ligero y sobre todo no hablaba.

Mis padecimientos se hicieron tan intolerables que todas mis fuerzas se abatieron. Al cabo de un año de tan cruel suplicio, estaba de tal modo vencido que ya no deseaba la muerte: temía tener que sufrir aun mas para dejar la vida; sin padecimientos hubiérala juzgado el ideal de la dicha. Mi hastío era tan grande que no podia prescindir un instante de mi enfermero. Obligábale á comer en mi presencia y el espectáculo de su voraz apetito me servía de diversion. Todo cuánto me habia chocado en él me complació despues hasta su pesado sueño, sus interminables rezos y sus cuentos de vieja. Llegué al extremo de divertirme en ser atormentado por él y cada noche rehusaba la pócima que me presentaba para divertirme por espacio de un cuarto de hora con su infatigable oportunidad y sus inocentes insinuaciones que él consideraba ingeniosas para hacerme tragar la píldora. Esas eran mis únicas distracciones en las que me encontraba una especie de alegría interior, que el bonachon de Cristóforo parecia adivinar aunque mis enjutas y contraidas facciones no pudiesen expresarla ni con una sonrisa.

Cuando empecé á restablecerme una enfermedad epidémica se declaró en el convento. El mal era súbito, terrible, inevitable fulminante. Mi pobre Cristóforo fué uno de los primeros atacados. Olvidé mi debilidad y el peligro, dejé mi celda y pasé tres dias con tres noches al pié de su cama. Al cuarto dia espiró en mis brazos. Esta pérdida me fué tan dolorosa que poco faltó para que no le sobreviviese mucho tiempo. Entónces efectuóse en mí una crisis extraña: curéme pronto y completamente; despertóse mi sér moral cual si saliese de profundo sueño; y por la primera vez despues de muchos años comprendí con el corazon los dolores de la humanidad; Cristóforo era el único hombre á quien habia querido desde la muerte de Fulgencio. Una separacion tan súbita y tan amarga recordóme mi primer amigo, mi juventud, mi piedad, mis sentimientos, todas mis dichas para siempre perdidas. Entré en mi solitaria celda desesperado. Baco me siguió: yo era el último enfermo que su dueño habia cuidado; estaba por consiguiente acostumbrado á vivir en mi celda y pareció querer poner en mí todo su afecto; pero no pudo lograrlo y la pena lo consumió. No dormía ya; olfateaba sin cesar el sillón en que Cristóforo acostumbraba á dormir y que todas las noches colocaba yo cerca de mi cabecera para tener á la vista algo que me recordara la presencia de mi pobre amigo. No era Baco ingrato á mis caricias, mas nada podia calmar su inquietud: al menor ruido se levantaba y miraba hácia la puerta con un conjunto de esperanza y de desaliento; entónces experimentaba yo la necesidad de hablarle como á un sér simpático.

—«No volverá ya nunca, le decia, solo á mí debes amar ahora.»

Me comprendia, estoy seguro de ello porque venia hácia mí y me lamia las manos con aire triste y resignado; luego se echaba y procuraba dormirse, pero solo llegaba á quedarse en un estado doloroso de sopor entrecortado de débiles quejidos que me rasgaban el alma. Cuando perdió toda esperanza de hallar al que siempre seguia esperando, resolvió dejarse morir. Negóse á comer y le ví expirar en el sillón de su amo, mirándome con un aire de reproche como si fuese yo la causa de sus pesares y de su muerte. Cuando ví sus ojos apagados y helados sus miembros, no pude contener un torrente de lágrimas y lloréle aun mas amargamente que á Cristóforo; parecióme que perdía á este por segunda vez.

Este acontecimiento tan pueril en apariencia acabó de despeñarme desde lo alto de mi orgullo en un abismo de dolores. ¿Para qué me habia servido ese orgullo, para qué mi inteligencia. La enfermedad habia vuelto impotente el uno: la humildad de un hombre caritativo, el afecto fiel de un pobre animal me habian socorrido mas que la otra. Ahora que la muerte me arrebatava los únicos objetos de mi simpatía, la razon, dueña y diosa mia me enseñaba por todo consuelo que nada quedaba de ellos y que debian ser para mí como si jamás hubiesen existido. No podia acomodarme á esa idea de absoluta destruccion y sin embargo mi ciencia me vedaba dudar de ella. Intenté continuar mis estudios confiando librarme del astío que me devoraba, pero esto solo sirvió para entrenarme algunas horas dia-

rias. Tan pronto entraba en mi celda y me acostaba se me hacia cada dia mas sensible el horror de mi aislamiento; volvíame débil como un niño y bañaba la almohada de lágrimas; echaba de menos aquellos padecimientos físicos que me habian parecido intolerables y que me hubiesen sido agradables de poder traerme á mi lado á Cristóforo y á Baco.

Convencíme profundamente en aquella ocasion de que la mas humilde amistad, es tesoro mas precioso que todas las conquistas del génio, que la mas cándida emocion de los corazones es mas grata, mas precisa que todas las satisfacciones de la vanidad. Convencíme por el testimonio de mis propias entrañas de que el hombre ha sido creado para amar y que la soledad sin la fé y el amor divino, es el silencio de la tumba sin el descanso de la muerte. No podia esperar volver á recobrar la fé: era un sueño de oro desvanecido que me dejaba lléno de nostalgia: lo que yo llamaba mi razon y mis luces la habian desterrado para siempre de mi alma; mi vida no podia ser pues mas que una árida vigilia, una realidad mortificadora. Agitáronse en mi cerebro mil pensamientos de desesperacion. Pensé en dejar el claustro, en lanzarme en el torbellino del mundo, en abandonarme á las pasiones, á los vicios á fin de huir de mí mismo por la embriaguez ó el embrutecimiento. Estos deseos se borraron prontamente. Habia ahogado mis pasiones en tan temprana edad que me era imposible hacerlas revivir. El mismo ateismo con el estudio y la reflexion habian fortalecido mis austeras costumbres. Por otra parte, á través de todas mis trasformaciones conservé siempre un sentimiento de lo bueno, un deseo de

lo ideal que no pierden fácilmente las inteligencias un poco elevadas. No me cernia ya en los sueños de la perfección divina, sino en ver el universo material, en contemplar el esplendor de las estrellas y la irregularidad de las leyes que rigen la materia, había tomado tal amor al orden, á la duración y á la belleza de las cosas exteriores que no hubiese nunca podido vencer mi horror hácia todo lo que hubiese turbado esas ideas de grandeza, sublimidad y armonía.

Traté de crearme nuevas simpatías, mas no pude encontrarlas en el claustro; dóquiera hallaba malicia, falsedad y cuando daba con algun espíritu sencillo, vislumbraba la cobardía bajo la benignidad. Traté tambien de entablar algunas relaciones con el mundo; en tiempo del abad Espiridion, cuantos hombres distinguidos y viajeros instruidos vivian ó viajaban por el país venian á visitar el convento á pesar de su situación agreste y de los malos caminos que á él conducen, pero desde que se había transformado en madriguera de glotonés, de perezosos y de ignorantes, solo la casualidad nos traía, de tiempo, en tiempo, cual sucede hoy, algun pasajero indiferente ó algun curioso desocupado. Nadie encontré pues á quien abrir mi corazón y permanecí solo y entregado á un sombrío abatimiento.

Durante algunas semanas y meses viví de esa manera, sin pena, ni gloria; tan quebrantada y postrada se hallaba mi alma bajo el peso del hastío. El estudio había perdido todo atractivo para mí; á la larga se me hizo odioso, solo me servía para ponerme á la vista ese siniestro destino del hombre

abandonado en la tierra á todos los elementos de dolor, de destrucción, sin porvenir, sin promesas, sin recompensa. Preguntábame entonces no solo de que aprovechaba vivir, si que tambien de que morir y nada por nada dejé trascurrir el tiempo y mi cabeza se iba quedando calva, sin oponer resistencia á ese abatimiento del alma y del cuerpo que lentamente me conducian á un tristísimo reposo.

Llegó el otoño y la melancolía del cielo endulzó un tanto la amargura de mis ideas. Gustábame andar por la hojarasca y ver pasar esas grandes bandadas de aves viajeras que vuelan con ordenada simetría y cuyo grito salvaje se pierde en las nubes. Envidiaba la suerte de aquellos seres que obedecen á instintos siempre satisfechos y á quienes no atormenta la reflexión. En cierto sentido me parecian mas felices que el hombre, pues no deseaban mas que lo que podian poseer y si bien el cuidado de su conservación es un continuo trabajo, al menos no conocen el fastidio que es la peor de las fatigas. Complacíame tambien en ver abrirse las últimas flores del año. Cualquiera suerte me parecia preferible á la del hombre, hasta la de las plantas y cobrando simpatía hácia esas existencias efímeras no tenia mas placer que cultivar un rinconcito de jardín y rodearlo de encañizados para impedir que piés profanos pisoteasen mis céspedes, y sacrílegas manos cogiesen mis flores. Cuando algun curioso se acercaba lo rechazaba con tanto enfado que todos creyeron que me había vuelto loco y el prior se alegró de verme caer en tal embrutecimiento.

Las tardes eran frescas pero apacibles; des-

pues de haber buscado en el cansancio de un trabajo manual la esperanza de algun descanso por la noche, acontecíame amenudo acostarme encima de un banco de césped que yo mismo habia hecho y allí permanecia sumido mucho rato en vagas ilusiones despues de puesto el sol. Dejaba flotar mis ideas como las hojas que el viento arranca á los árboles: estudiaba el modo de vegetar; hubiera querido olvidar el modo de pensar. Quedábame de este modo en una especie de adormecimiento que no era ni la vigilia, ni el sueño, ni el padecer, ni el bienestar y ese débil placer era el único de que podia gozar. Poco á poco esta languidez se hizo mas grata. Mi beatitud consistia entonces principalmente en perder la memoria de lo pasado y la aprension de lo porvenir. No pensaba mas que en lo presente. Comprendia la vida de la naturaleza, observaba hasta sus menores fenómenos, penetraba en sus mas íntimos secretos. Escuchaba aquellas caprichosas armonías y el sentimiento de todas esas cosas inapreciables para los espíritus agitados conseguia distraerme de mí mismo. Por medio de tan dulces contemplaciones olvidaba sin saberlo, mi corazon lleno de un amor sin fin y de un entusiasmo sin objeto. Extasiábame ante una rama blandamente cimbrada por el viento, enternecíame el canto débil y melancólico de un insecto: los aromas de mis flores me encaminaban al agradecimiento: su hermosura preservada de toda alteracion por mis cuidados, me inspiraba sencillo orgullo. Por primera vez despues de muchos años me volví sensible á la poesia del claustro, santuario colocado en alto sitio para que en él viva el hombre por

encima del bullicio del mundo, absorto en la contemplacion del cielo. Tú sabes ese ángulo que forma el terraplen del jardin hácia el lado del mar al fin del emparrado que sostienen pilares cuadrangulares de mármol blanco: allí se levantan cuatro palmeras, yo fui quien las planté y allí era donde habia formado el cuadro de mi jardin, hoy dia deshecho y confundido con la huerta que ha ocupado el lugar del hermoso jardin creado por Hebronius. Este sitio era aun en la época de que te estoy hablando, uno de los mas pintorescos de la tierra, segun parecer de los pocos viajeros que lo visitaban. Las ricas fuentes de mármol consagradas hoy dia á viles usos, murmuraban entonces con musical armonía; el agua pura de manantial caia en conchas de rojo mármol que la trasladaban de una á otra y huia luego misteriosamente bajo la sombra de los cipreses y de las higueras. Las ramas de los limoneros y de los algarrobos se comprimian y entrelazaban estrechamente alrededor de mi retiro y le aislaban á mi gusto, pero por el lado del glasis perpendicular que domina la ribera, habia dejado una abertura en mis emparrados y podia admirar á mi sabor, á través de un cuadro de frescas flores y verdes yerbas, el sublime espectáculo del mar estrellándose contra las rocas y tiéndose en el horizonte con los fuegos del ocaso ó de la aurora. Allí, perdido en ilusiones infinitas, parecíame percibir armonías inapreciables á los sentidos groseros de otros hombres: algun lastimero canto exhalado sobre la africana ribera y conducido por cima los mares por el viento del sur, ó el cántico de algun dervis, santo ignorado, perdido en las

ásperas soledades del Atlas y mas feliz en su miseria cenobítica con la fé que yo en el seno de mi opulencia monacal con mis dudas siempre á cuestas.

Andando el tiempo llegué á descubrir un profundo sentido en los menores hechos de la naturaleza y abandonéme al encanto de mis impresiones con la sencillez que produce el desaliento; insensiblemente apartaba los límites estrechos de lo *cierto* hasta llevarlos á lo *posible* y bien pronto lo posible visto con cierta emoci6n del corazon abrió á mi alrededor horizontes mas vastos de lo que mi razon se hubiera atrevi lo á presentír. Parecióme encontrar motivos de misteriosa prevision en todo lo que yo habia juzgado entregado á la ciega fatalidad. Recobré el sentido de felicidad que tan lastimosamente habia perdido; busqué los goces relativos de todos los séres como habia buscado sus penas y maravillóme verlo todo tan equitativamente repartido. Cada sér tomó forma y voz nuevas para revelarme facultades desconocidas por la fria y superficial observacion de este punto en mi ciencia. Desarrolláronse en torno mio infinitos misterios, contradiciendo todas las sentencias de un saber incompleto y de un juicio precipitado; en una palabra, la vida tomó á mis ojos un carácter sagrado y un fin inmenso lo cual no me habian hecho presentir ni las religiones, ni las ciencias, mi corazon fué quien lo enseñó á mi descarnada inteligencia.

Una noche escuchaba con recogimiento el ruido de la mar bonancible que venia á deslizarse en la arena: buscaba el sentido de esas tres olas, mas fuertes que las otras que vuelven siempre juntas á

intervalos regulares, como ritmo de la eterna armonía, cuando oí un pescador que cantaba á las estrellas, echado en su barca. Sin duda que muy frecuentemente habia oido el canto de los pescadores de la costa y quizá ese mismo tan amenudo como los demás, pero mis oidos estaban tan cerrados para la música como mi cerebro para la poesia. Nunca ví en los cantos del pueblo sino la expresion de groseras pasiones y habia desviado de ellos mi atencion con desprecio. Aquella noche, al igual de muchas me incomodó al principio aquella voz que apagaba la de las olas y turbaba mi audicion; mas al cabo de algunos instantes observé que el canto del pescador seguia instintivamente la cadencia del mar y pensé que quizá era él uno de esos grandes y verdaderos artistas que la naturaleza toma ella misma el cuidado de enseñar y que mueren casi todos ellos tan ignorados como han vivido. Correspondiendo este pensamiento á las suposiciones en que hacia tiempo me complacia, escuché sin impaciencia el canto medio salvaje de aquel hombre que con voz lenta y melancólica celebraba los misterios de la noche y la suavidad de la brisa; sus bersos tenian poca rima y estaban mal medidos, sus palabras encerraban aun menos sentido y poesia, pero el encanto de su voz, la sencillez de su cadencia y la maravillosa belleza de su melodía, triste, ancha, monótona como la de las olas me impresionaron tan vivamente, que de pronto, la música me fué revelada. ¡La música! parecióme debia ser el verdadero lenguaje poético del hombre, independiente de toda palabra y de toda poesia escrita, sometida á una lógica particular; teniendo el

poder de expresar ideas del órden mas elevado, ideas demasiado vastas para ser emitidas en otro lenguaje. Resolví estudiar aquel arte divino á fin de proseguir mi descubrimiento; y lo estudié en efecto con algun éxito como te lo habian dicho quizá; pero una cosa paralizó siempre mi vuelo y fué haber hecho demasiado uso de la lógica aplicada á otro órden de facultades. Jamás pude componer y sin embargo era lo que más ambicionaba. Cuando ví que no podia trasmitir mi pensamiento en ese lenguaje demasiado poético, demasiado sublime sin duda para mi organizacion, me dediqué á la poesía y com- puse versos: no conseguí mas ventajas; pero tenia necesidad de poesía la cual buscaba salida antes de poseer alimento y mi poesía era débil, porque quiere ser alimentada con sentimiento profundo, del que solo tenia yo, vago presentimiento.

Descontento tambien de mis versos escribí prosa procurando darle una forma lirica. El único asunto en que podia ejercitarme con alguna facilidad era mi tristeza y los males que habia sufrido buscando la verdad. Voy á recitarte una muestra de ello.

¡Oh grandeza mia, oh mi fuerza! habeis pasado como nube tempestuosa, ya habeis caido sobre la tierra para asolar como el rayo. Vuestro hálito ha herido de muerte á todos los frutos y á todas las flores de mi campo; habéisle convertido en arenoso desierto y me he sentado solo en medio de mis ruinas. ¡Oh grandeza mia, ó mi fuerza! ¿Erais ángeles buenos ó malos?

«¡Oh orgullo mio, oh ciencia mia! os habeis levantado como ardientes torbellinos que el simún esparce por el desierto. Como casquijo, como pol-

vo, habeis sepultado las palmeras, secado ó ennegado las fuentes. He buscado manantiales de poder refrigerarme y no los he hallado ya porque el insensato que quiere abrir su camino hácia las elevadas cimas del Horeb, olvida el humilde sendero que conduce al remanso umbrío. ¡Oh ciencia mia, oh orgullo mio! ¿Sois los enviados del Señor ó los espíritus de las tinieblas?

«¡Oh mi virtud, oh mi abstinencia! Os habeis lanzado como torres, como muros de mármol, como murallas de bronce: me habeis abrigado bajo heladas bóvedas, me habeis sepultado en fúnebres antros llenos de angustias y terrores y he dormido encima de un lecho duro y frío do amenudo he soñado que habia un cielo propicio y mundos fecundos. Y cuando he buscado la luz del sol no la he vuelto á hallar, porque habia perdido la vista en las tinieblas. ¡Oh mi virtud, oh mi abstinencia! ¿Erais hijas del orgullo, ó consejos de la sabiduría?

«¡Oh religion, oh esperanza mias! Habéisme conducido como á frágil é incierta barquichuela por mares sin riberas, á través de buenas falaces, de vagas ilusiones, de informes imágenes, hácia una patria desconocida, y cuando cansado de luchar contra los vientos, gimiendo doblegado bajo el peso de la tempestad, os he preguntado á donde me conducíais, habeis encendido luminosos faros sobre los escollos para mostrarme lo que debia evitar, lo que debia huir, mas no lo que debia alcanzar.... ¡Oh mi religion, oh mi esperanza! ¿Erais el sueño de un desvarío ó la voz misteriosa del Dios vivo?

Estos inocentes pasatiempos hicieron recobrar la calma á mi espíritu y el vigor á mi cuerpo; pero

sacóme de mi tranquilidad un azote imprevisto. Despues de la enfermedad contagiosa que invadió el monasterio y sus alrededores sucedióle la peste que devastó todo el país. Había yo tenido ocasion de hacer algunas observaciones acerca de la posibilidad de preservarse de las epidemias mediante un sistema higiénico muy sencillo.

Dí á conocer mi sistema á algunas personas y como les fué muy bien en haberle dado crédito la fama corrió de que yo poseía remedios maravillosos contra la peste. Al propio tiempo que sinceramente negaba la ciencia que se me atribuía prestábame gustoso á comunicar mis cortos conocimientos. Entonces vinieron á buscarme de todas partes y pronto no bastaron ni fuerzas, ni tiempo para atender á las consultas, fué preciso que el prior me concediese un permiso extraordinario para salir del monasterio á todas horas y visitar á los enfermos; pero á medida que la peste aumentaba sus estragos los piadosos sentimientos de humanidad que al principio impulsaron á los frailes á mostrarse compasivos, se borraron de sus almas.

Un miedo egoista heló todo espíritu de caridad. Prohibióseme todo género de comunicacion con los apestados y cerráronse las puertas del convento á cuantos venian á implorar socorro. No puede contenerme y manifesté mi indignacion al prior.

En otro tiempo me hubiera mandado al calabozo, pero los espíritus estaban de tal modo abatidos por el temor á la muerte que me escuchó con calma. Entonces me propuso un medio de arreglo y fué el de establecerme á dos leguas de aquí en la ermita de San Jacinto y vivir allí con el ermitaño

hasta que la terminacion del contagio y la ausencia de todo peligro para nuestros hermanos, me permitiesen volver á entrar en el convento. Faltaba solo saber si el ermitaño consentiria en dejarme entregar á las obligaciones de mi nuevo cargo de médico y compartir conmigo su estera y su pan negro. Permittedseme ir á verle para sondear sus intenciones y me trasladé á la ermita sin demora: no confiaba hallarle muy dispuesto á acoger mi peticion. Ese hombre que una vez al mes venía á pedir limosna á nuestra puerta me habia inspirado siempre aversion. Aun cuando la piedad de las almas sencillas no le dejaba carecer de lo necesario, estaba obligado por sus votos á mendigar de puerta en puerta en épocas periódicas, mas como un acto de abyeccion que para asegurar su subsistencia. Yo sentia gran desprecio hácia esas prácticas y aquel ermitaño con su gran cráneo cónico, sus ojos pálidos y hundidos que no parecian capaces de soportar la luz del sol, su espalda encorvada, su feroz silencio, su larga barba acostumbrada á todas las intemperies, y su grande y descarnada mano que sacaba debajo del hábito mas con un gesto de mando que con humilde apariencia, habia llegado á ser para mí un tipo de fanatismo y de hipócrita orgullo.

Cuando hube trepado por la montaña sorprendióme el aspecto del mar. Viéndolo así desde lo alto hundirse en sus abismos, parecia una inmensa llanura azul inclinada hácia las rocas que la coronaban y sus olas regulares, cuyo movimiento era apenas sensible, presentaban la apariencia de surcos paralelos trazados por el arado. Esa masa azul que se levantaba como una colina compacta y sólida como el

zafiro, me causó tan vertiginoso entusiasmo que me apoyé en los olivos de la montaña para no precipitarme en el espacio. Parecíame que á la vista de ese elemento magnífico, debió tomar el cuerpo fuerzas de espíritu y recorrer su inmensidad en sublime vuelo. Acordéme entonces de Jesús andando encima de las aguas y representéme á ese hombre divino, grande como los montes, resplandeciente como el sol. ¡Alegoría de la metafísica, ó irision de una confianza exaltada, exclamé, eres mas grande y poética que todas nuestras certidumbres medidas con el compás y todos nuestros razonamientos alineados con un cordell!...

Como pronunciaba estas palabras, oí una especie de salmodiado lamento, débil y lúgubre plegaria que apareció salir de las entrañas de la tierra y me obligó á volverme. Busqué un rato con la vista y el oído el sitio de donde podían proceder aquellos extraños sonidos; y habiendo por fin subido á una roca cercana, ví bajo mis piés á alguna distancia en un hueco de roca, al ermitaño desnudo hasta la cintura y entretenido en cavar una fosa en la arena. Cerca de él yacía tendido un cadáver envuelto en una estera y cuyos piés azulados, manchados por las huellas de la peste, salían de aquella rústica mortaja. Un hedor fétido se exhalaba de la entreabierta fosa, apenas cerrada el día anterior sobre otros cadáveres apresuradamente sepultados. Al lado del muerto había una pequeña cruz de madera de olivo toscamente labrada, único adorno del comun mausoleo; una taza de asperon con un ramo de hisopo para la ablucion lustral y una pequeña hoguera de humean- te enebro para purificar el aire. Un ardiente sol caía á

plomo sobre la calva cabeza y flacas espaldas del solitario: el sudor pegaba á su pecho los largos mechones de su barba color ámbar. Lleno de respeto y piedad me acerqué á él. No manifestó sorpresa alguna y arrojando su azadon me hizo seña de que cogiese el cadáver por los piés mientras él hacía otro tanto por los hombros. Cuando lo hubimos enterrado, clavó de nuevo la cruz, hizo la inmersión de agua bendita y rogándome que atizase la hoguera, se arrodilló, murmuró una corta oracion y se alejó sin cuidarse mas de mí. Cuando hubimos llegado á la ermita se dió cuenta de que yo andaba á su lado y mirándome entonces con alguna extrañeza me preguntó si tenia necesidad de descansar. Espliquéle en pocas palabras el objeto de mi visita. Me contestó con un apretón ds manos; luego abriendo la puerta de la ermita me enseñó en una sala excavada en el seno de la roca cuatro ó cinco míseros apestados agonizando encima de unas esteras.

«Son me dijo, pescadores de la costa y contrabandistas, cuyas familias dominadas por el terror han echado fuera de sus chozas; no puedo hacer por ellos mas que combatir la desesperacion de su agonía con palabras de fé y caridad y sepultarlos cuando han cesado de sufrir. No entreis hermano, añadió viendo que me adelantaba hácia el umbral, estas gentes no tienen ya esperanza alguna y este lugar está infestado; conservad vuestros dias para los que pueda salvar aun.»

—¿Y vos padre mio, le dije no teneis nada?

—Nada contestó sonriéndose, tengo un preservativo seguro.

—¿Y cuál es?

—Es, dijo con aire inspirado, la mision que he de cumplir, la cuál me hace invulnerable. Cuando deje de ser preciso, volveré á ser un hombre como los demás y cuando caiga diré: «Señor, cumple tu voluntad por cuánto me recuerdas, que nada tienes ya que mandarme.»

Mientras esto decia, sus ojos apagados se animaron y parecieron reflejar los rayos del sol que habian absorbido: su brillo era tal que aparté los míos y los dirigí automáticamente hácia el mar que á nuestros piés centelleaba.

—¿En qué pensais? me dijo.

—Pienso, respondí, que Jesús á andado por las aguas.

—¿Qué tiene eso de asombroso? repuso el buen hombre, que no me comprendia, lo único que puede sorprender es que san Pedro que estaba faz á faz del Señor haya dudado.

Volví enseguida al monasterio para dar cuenta al abad de mi mensaje; hubiera podido ahorrarme tal molestia sabiendo que los frailes no se inquietan de la observancia de la regla cuando el miedo los domina. Encontré todas las puertas cerradas y cuando me asomé á la rejilla me dieron con ella en el rostro diciéndome que cualquiera que fuese el resultado de mis gestiones no podia ya volver á entrar en el convento. Fuíme pues á dormir á la ermita.

Tres meses pasé en compañía del ermitaño. Era verdaderamente un hombre de los antiguos dias, un santo, digno de los mas bellos tiempos del cristianismo: fuera del ejercicio de las buenas obras era quizá un sér vulgar, pero su piedad era tan grande que en caso necesario suplía al génio: mostrábase es-

pecialmente sublime en sus exhortaciones á los moribundos. Entonces estaba verdaderamente inspirado; su elocuencia se desbordaba como un torrente y lágrimas de compuncion inundaban su cara arrugada por las fatigas. Conocia exactísimamente las fibras de todos los corazones. Combatir las angustias y los terrores de la muerte, á la manera que forja el celeste guerrero aterraba los demonios. Poseía una inteligencia maravillosa en las diversas pasiones que habian batallado en la existencia de los moribundos y usaba el lenguaje y tenia promesas apropiadas á cada uno de ellos. Notaba yo con satisfaccion que le animaba sinceramente el deseo de darles un momento de alivio moral en su penoso despidido de este mundo y no se preocupaba de los vanos formulismos del dogma. En esto elevábase sobre sí mismo porque su fé, en la aplicacion personal, observaba todas las minuciosidades del catolicismo mas estricto y rígido; pero la bondad es don divino superior á los poderes y amenazas de la Iglesia. Una lágrima de sus agonizantes juzgábala él de mas valor que la ceremonia de la extremauncion y un dia oíle una frase verdaderamente grande para un católico. Presentó el crucifijo á los lábios de un moribundo; este volvió la cabeza y tomando la otra mano del ermitaño, se la besó dando el último suspiro.

—¡Bueno! dijo el enfermero cerrándole los ojos, serás perdonado porque has sido agradecido y si has comprendido el sacrificio de un hombre en este mundo, sentirás la bondad de Dios en el otro.

Al concluir los calores del verano cesó el contagio. Pasé aun algun tiempo en la ermita ántes que

se atreviesen á llamarme al convento. El descanso éranos á los dos muy necesario y debo decir que aquellos últimos dias del año, frescos, suaves y tranquilos, en uno de los lugares mas hermosos que sea posible imaginar, léjos de toda sujecion y en la sociedad de un hombre verdaderamente respetable puede contarse como una de las épocas buenas de mi vida. Gustábame aquella existencia ruda y frugal, creíame ser otro hombre que el que llegó á la ermita: un trabajo útil y un afecto sincero habian templado mi alma. Mi corazon se dilataba como una flor al soplo de las brisas de la primavera. Comprendia el amor fraternal en mayor escala de lo que hasta entonces lo habia comprendido, comprendia tambien el sacrificio para con todos los hombres, la caridad, la abnegacion, en una palabra, la vida del alma. Ciertamente habia algo de pueril en las ideas de mi compañero vuelto á la calma de su vida habitual; cuando no le sostenia el entusiasmo, volvíase capuchino, hasta cierto punto; pero no traté de combatir sus escrúpulos, estaba penetrado de respeto hácia aquella fé purificada en el crisol de la virtud.

Cuando recibí la órden de volver al monasterio estaba algo indispuerto; el temor de verme llevar al convento un gérmen contagioso, hizo esperar pacientemente mi vuelta. Recibí inmediatamente licencia para permanecer fuera el tiempo necesario á mi restablecimiento, tiempo que por no limitarse resolví alargar cuánto me fuera posible.

Hasta entonces una de las principales ideas que me habian impedido quebrantar mis votos, era el temor del escándalo; no que me diese ningun cuidado la opinion del mundo con el cuál no queria yo

establecer relaciones de ninguna especie; ni conservaba tampoco respeto alguno hácia los frailes que nunca pude apreciar; pero un rigor natural, un instinto profundo de la dignidad del juramento y mas que todo esto quizá un invencible respeto hácia la memoria de Hebronius me habian contenido. Ahora, que por decirlo así, la comunidad me rechazaba de su seno, parecíame que podia abandonarla sin dar muestra de mal ejemplo, ni variar mis resoluciones. Examinaba la vida que habia llevado en el claustro y la que podia llevar aun; preguntábame si podria realizar á lo que no habia realizado aun, alguna cosa grande ó útil. Esa vida de Benedictino que Espiridion habia practicado y soñado sin duda para sus sucesores se habia hecho imposible. Los primeros compañeros del pacífico retiro de Espiridion debieron hacerle vislumbrar los hermosos dias del claustro, y los grandes trabajos llevados á cabo bajo estas antiguas bóvedas, santuario de la erudicion y de la perseverancia, mas el abad, contemporáneo de los últimos hombres notables que produjo el claustro, murió sin embargo disgustado de su obra y por lo que se asegura, desilusionado respecto del porvenir de la vida monástica. En cuánto á mí, que puedo decir sin orgullo, puesto que se trata de trabajos penosos emprendidos y no de gloriosas obras terminadas que he sido el último de los benedictinos de este siglo, veía claro que ni aun mi papel de paciente erudito era ya aguatable. Para estudios sosegados es preciso un espíritu sosegado tambien; y ¿cómo hubiera podido estarlo el mio en el seno de la tormenta que amenazaba á la humanidad? Veía las sociedades próximas á disolverse, temblar los tronos